

CARRETERA DE PLATA

SERIE NEGRA

STINA JACKSON

CARRETERA
DE PLATA

Traducción de
ELDA GARCÍA-POSADA

RBA

Título original sueco: *Silvertägen*.

Autora: Stina Jackson.

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia.

Publicado por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia.

© Stina Jackson, 2018.

© de la traducción: Elda García-Posada, 2019.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: abril de 2019.

OBFI261

ISBN: 978-84-9187-146-0

DEPÓSITO LEGAL: B.1.186-2019

PLECA DIGITAL · PREIMPRESIÓN

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A ROBERT

PRIMERA PARTE

La luz. Esa luz que lo punzaba, lo abrasaba, lo desgarraba. Esa luz que se arrojaba sobre los bosques y los lagos como una exhortación a continuar respirando, como la promesa de una nueva vida en ciernes. Esa luz que le llenaba las venas de desasosiego y le robaba el sueño. Apenas despuntaba el mes de mayo, él yacía despierto en su cama a la hora en que el amanecer se abría paso por entre urdimbres y rendijas. Percibía el rumor de la tierra rezumando allá donde el invierno se desangraba en el deshielo. El murmullo de los arroyos y los ríos que rompían a fluir cuando las montañas se despojaban de sus túnicas invernales. Pronto, la luz inundaría las noches, se extendería, cegadora, por el mundo, reviviendo todo aquello que dormía bajo las hojas podridas. Insuflaría calor en todos los brotes hasta hacerlos eclosionar, y el bosque bulliría con los gritos hambrientos procedentes de las vidas recién salidas del cascarón. El sol de medianoche sacaría a la gente de sus madrigueras, llenaría de anhelo a los seres humanos, los haría reír, amarse, agredirse los unos a los otros. Había personas que, aturcidas por el resplandor, se extraviaban y desaparecían en aquel día perpetuo. Él, no obstante, se resistía a creer que llegaran a morir.

Solo fumaba mientras la estaba buscando.

Cada vez que encendía un nuevo cigarrillo, Lelle la veía a su lado, sentada en el asiento del copiloto, con una mueca de desaprobarción mientras lo miraba por encima de la montura de sus gafas.

—Creía que lo habías dejado.

—Lo he dejado. Este es solo una excepción.

A continuación, observaba cómo ella negaba con la cabeza y le enseñaba sus colmillos puntiagudos, esos que tanto la avergonzaban. Era entonces, en aquellos momentos en que él conducía a través de una noche que la luz se resistía a abandonar, cuando su imagen se le aparecía con mayor nitidez. Su cabello, casi blanco cuando le daba el sol; la nariz salpicada de pecas oscuras, las cuales, en los últimos años, había comenzado a camuflar con maquillaje; y esos ojos a los que no se les escapaba nada, aun cuando no dieran la sensación de estar mirando. Se parecía más a Anette que a él, por suerte para ella, ya que la belleza no era algo que se encontrara en los genes de su padre. Y no pensaba que fuera guapa solo por ser su hija. Ya desde su más tierna infancia, Lina había hecho que la gente volviera siempre la cabeza para contemplarla; la niña conseguía arrancar una sonrisa incluso al más hastiado. Ahora, sin embargo, ya nadie se daba la vuelta para mirarla. Nadie la había visto en tres años; al menos nadie que quisiera darse a conocer.

El tabaco se le acabó antes de llegar a Jörn. Lina ya no iba en el asiento del copiloto. El coche estaba vacío y en completo silencio, y él, que tenía la mirada fija en una carretera que, en realidad, no veía, casi había olvidado dónde se hallaba. Llevaba tanto tiempo recorriendo aquella vía —conocida popularmente como la Carretera de Plata—, que se la sabía de memoria. Sabía cómo eran las curvas y dónde se abrían los huecos en el cercado que permitían a los alces y a los renos cruzarla a sus anchas. Sabía dónde se acumulaba la lluvia y en qué zonas la niebla emergía de las lagunas para emborronar el mundo. Ese trayecto, eco de un antiguo comercio argénteo entre Nasafjäll y el golfo de Botnia, ahora serpenteaba como un arroyo plateado entre las montañas y la costa, conectando el pueblo de Glimmersträsk con los restantes puntos del interior. Un camino que él nunca osaría abandonar por mucho que hubiera llegado a aborrecer sus meandros y su curso a través del corazón del bosque. Allí era donde ella había desaparecido; esa era la carretera que se había tragado a su hija.

Nadie estaba al tanto de sus travesías nocturnas en busca de Lina. De esas noches en que fumaba un cigarrillo tras otro mientras, con el brazo alrededor del asiento del copiloto, conversaba con su hija como si esta estuviera allí en carne y hueso, como si nunca hubiera desaparecido. No tenía a nadie a quien contárselo. Al menos, desde que Anette lo dejó. Según ella, la culpa había sido suya. Fue él quien llevó a Lina en coche hasta la parada del autobús aquella mañana. Sobre él pesaba la responsabilidad.

Llegó a Skellefteå a las tres de la madrugada. Se detuvo en la gasolinera para repostar y rellenar el termo de café. A pesar de la temprana hora, el chico que estaba detrás del mostrador lo saludó con unos ojos bien espabilados y vivarachos, que, en su fogosidad, acompañaban al pelo rojizo y peinado hacia un lado. Era joven, no pasaría de los diecinueve o veinte años. La misma edad que Lina tenía ahora. Aunque le costaba imaginarla tan mayor. Compró otro paquete de Marlboro Light haciendo caso omiso a

su mala conciencia. Su mirada se posó en un expositor de ungüentos antimosquitos que se encontraba junto a la caja registradora. Lelle toqueteó, nervioso, la tarjeta de crédito. Todo le recordaba a Lina. Aquella mañana, ella iba embadurnada de repelente de mosquitos. Lo cierto es que eso era lo único de lo que se acordaba: de haber bajado la ventanilla para ventilar y hacer que desapareciera el fuerte olor después de dejarla en la parada del autobús. No recordaba de qué habían hablado, si estaban alegres o tristes, o qué habían tomado en el desayuno. Todo lo que sucedió después ocupaba demasiado espacio en su memoria, en la cual, no obstante, se quedó grabado el olor a repelente. Se lo había dicho a la policía esa noche: Lina apestaba a ungüento antimosquitos. Anette lo había mirado como si fuera un completo desconocido, alguien de quien se avergonzara. También se acordaba de eso.

Abrió el nuevo paquete de tabaco, si bien se dejó el cigarrillo sin encender entre los labios hasta hallarse de nuevo en la carretera, esta vez rumbo al norte. El regreso a casa, transido de un sentimiento de resignación, siempre transcurría más rápido. El corazón plateado de Lina colgaba de una cadenita enganchada al espejo retrovisor que atrapaba el resplandor del sol. Otra vez estaba sentada a su lado, con la melena trigueña cayéndole como un visillo sobre el rostro.

—Papá, ¿sabes que llevas veintiún cigarrillos en unas pocas horas?

Lelle sacudió la ceniza por la ventanilla y exhaló el humo, evitando alcanzarla.

—¿En serio han sido tantos?

Lina levantó la mirada hacia el techo del automóvil como si invocara a un poder superior.

—¿Sabías que cada cigarrillo que fumas te quita nueve minutos de vida? Así que esta noche has reducido la tuya en ciento ochenta y nueve minutos.

—Ah, vaya —replicó Lelle—. ¿Y para qué narices iba a querer seguir viviendo?

La sombra del reproche velaba los claros ojos de su hija al responder.

—Para encontrarme. Solo tú puedes hacerlo.

Acostada con las manos sobre el estómago, Meja trataba de ignorar los ruidos que le retumbaban en los oídos. El rugir del hambre bajo sus dedos y luego esos otros, los repugnantes sonidos que penetraban por entre las rendijas de las tablas del suelo. Los jadeos de Silje acompañados de los del nuevo hombre. El chirriar continuo de los muelles de la cama y los repentinos ladridos del perro. El bramido del sujeto ordenando al can que se fuera a dormir.

Aunque era plena madrugada, el sol brillaba con fuerza en aquel cuartucho del desván, arrojando cálidas franjas doradas sobre las paredes grisáceas y revelándole los dibujos que trazaban sus vasos sanguíneos bajo los párpados cerrados. Meja no podía dormir. Se arrodilló frente al bajo ventanuco y, con la mano, apartó la telaraña que lo cubría. Hasta donde alcanzaba su campo de visión, tan solo se extendía el bosque, bañado en el resplandor cerúleo del cielo nocturno estival. Si estiraba el cuello, llegaba a divisar un trozo de lago allá abajo, un atisbo de aguas negras, tentadoras y en calma. Se sentía como una princesa de cuento secuestrada, prisionera en una triste torre rodeada de una exuberante espesura y condenada a escuchar los juegos sexuales de su malvada madrastra en la planta inferior. Con la diferencia de que Silje no era su madrastra, sino su madre.

Ninguna de ellas había estado antes en Norrland. Durante el trayecto en tren, la duda se había apoderado de ambas, quienes habían discutido y llorado para, luego, guardar silencio durante largos intervalos mientras el bosque se iba haciendo más denso al otro lado de la ventana y la distancia entre las estaciones aumentaba cada vez más. Silje le juró que esa era la última vez que se cambiaban de casa. El hombre que había conocido se llamaba Torbjörn y era propietario de una finca en un pueblo llamado Glimmersträsk. Después de entablar amistad por Internet, habían pasado muchas horas hablando por teléfono. Meja había escuchado su habla apocopada característica del norte y había visto las fotos de un tío bigotudo de cuello robusto y ojos que se le achicaban como rendijas al sonreír. Una imagen lo mostraba con un acordeón en las manos, mientras que en otra se lo veía inclinado sobre un hoyo abierto en el hielo, enarbolando un descamado pez rojo. Torbjörn era un hombre de verdad, según Silje; un tipo que, acostumbrado a sobrevivir en las circunstancias más severas, cuidaría bien de ellas.

La estación donde finalmente se apearon no era más que una cabaña entre los pinos; al empujar la puerta, resultó estar cerrada. Sin nadie más alrededor, observaron con gesto impotente cómo el tren arrancaba de nuevo y desaparecía entre los árboles, dejando una estela de aire tras de sí y un prolongado temblor en el suelo bajo sus pies. Silje encendió un cigarrillo y comenzó a arrastrar la maleta por el desvencijado andén, mientras que Meja permaneció inmóvil unos instantes escuchando el murmullo de los árboles azotados por el viento y el zumbido de millones de mosquitos recién nacidos. Notó cómo la angustia le invadía el estómago. Aunque no quería seguir a su madre, tampoco se atrevía a quedarse allí. Enfrente, al otro lado de las vías, se erguía el bosque como un telón verdinegro contra el cielo iluminado, al tiempo que un millar de sombras danzaban entre las ramas. No se veía ningún bicho viviente, pero la sensación de que estaba siendo ob-

servada era tan intensa como si se hallara en medio de una plaza pública. Cientos de ojos le hacían cosquillas en la piel.

Silje ya había llegado al terreno resquebrajado del aparcamiento donde un Ford oxidado las esperaba. Apoyado en el capó y con el rostro ensombrecido bajo la visera de una gorra negra, se hallaba un hombre, el cual se enderezó al verlas venir y las saludó con una sonrisa que dejó a la vista la porción de tabaco en *snus* que llevaba colocada bajo el labio superior. En persona, Torbjörn tenía un aspecto aún más robusto, más fornido. Había, no obstante, algo torpón e inofensivo en su forma de moverse. Él mismo parecía no ser consciente de su tamaño. Silje soltó la maleta y lo abrazó como si fuera un salvavidas en medio del océano. Meja se quedó a un lado, mirando la grieta en el asfalto por la que se abrían camino un par de hojas de diente de león. Percibió el ruido de sus besos, de sus lenguas hurgándose mutuamente.

—Esta es mi hija, Meja.

Silje se limpió la boca y le tendió la mano. Torbjörn la oteó desde debajo de la visera y le dio la bienvenida en su dialecto de palabras trinchadas. Ella mantuvo los ojos fijos en el suelo para subrayar que todo aquello sucedía contra su voluntad.

El coche apestaba a pelo de perro mojado, y una áspera piel de animal gris cubría el asiento trasero. El relleno amarillo del respaldo había comenzado a sobresalir por el raído tapizado.

Meja se sentó muy al borde y respiró por la boca. Según su madre, Torbjörn tenía una posición económica desahogada, pero, a juzgar por el estado del vehículo, eso no podía ser más que una de sus exageraciones habituales. De camino a la finca no se divisaba nada más que el sombrío bosque de coníferas, entremezclado con áreas taladas y pequeños lagos solitarios que relucían como lágrimas entre los árboles.

Cuando llegaron a Glimmersträsk, un nudo abrasador le atravesaba la garganta. En el asiento delantero, la mano de Torbjörn descansaba sobre el muslo de Silje, y se levantaba solo de vez en

cuando para señalar lo que consideraba importante: una tienda de comestibles, un colegio, una pizzería, la estafeta de correos y el banco. Parecía muy orgulloso de todo aquello. Las viviendas en sí eran grandes y se ubicaban a una distancia considerable unas de otras, separación que iba en aumento a medida que el coche seguía su trayecto y se veía salpicada de bosques, sembrados y establos entre finca y finca. Aquí y allá se oían dispersos ladridos de perro. En el asiento delantero, las mejillas de su madre resplandecían de alborozo.

—Mira qué bonito, Meja. ¡Es como un cuento de hadas!

Torbjörn le aconsejó que se calmara porque él vivía al otro lado del pantano. Meja se preguntó qué significaría eso. El camino comenzó a estrecharse, mientras el bosque los envolvía y un pesado silencio caía sobre el vehículo. Meja contemplaba con el corazón encogido los enormes pinos que pasaban junto a ellos.

La casa de Torbjörn se alzaba en un claro, solitaria y abandonada. Se trataba de una vivienda de dos plantas que acaso había conocido sus días de esplendor, pero que en esos momentos presentaba una fachada descolorida y parecía estar a punto de hundirse en la tierra. Un perro lanudo atado con una cadena les ladró cuando salían del coche. Por lo demás, reinaba un silencio absoluto, solo rasgado por el viento al sacudir los abetos. Meja sintió un mareo creciente a medida que miraba a su alrededor.

—Ya estamos aquí —dijo Torbjörn, extendiendo los brazos.

—Qué silencio y qué paz —repuso Silje con una voz que denotaba que el entusiasmo se había esfumado.

Torbjörn entró las maletas y las dejó sobre un suelo cubierto de mugre. Un hedor a cerrado, a hollín y a fritanga llenaba la casa. Muebles tapizados en una tela rugosa y rancia les devolvieron la mirada al entrar. El papel pintado que recubría las paredes se hallaba ornamentado con cuernos de animales y cuchillos enfundados en vainas curvas, más de los que Meja había visto en su vida. Ella intentó en vano captar la mirada de su madre, quien llevaba

pegada al semblante esa sonrisa indicativa de que estaba preparada para soportar casi cualquier cosa, pero en absoluto dispuesta a admitir ningún error.

Los gemidos procedentes de la planta baja cesaron, lo que dejó espacio al canto de los pájaros. Nunca antes había escuchado un trinar así: histérico, desapacible. El techo se inclinaba formando un triángulo sobre su cabeza, con cientos de nudos en la madera que la escrutaban cual ojos fisgones. Torbjörn lo había llamado «el cuarto triangular» cuando, junto a las escaleras, le enseñó cuál iba a ser su dormitorio. Una habitación propia en el segundo piso. Hacía mucho tiempo que no tenía un cuarto únicamente para ella. La mayoría de las veces solo había contado con sus propias manos para ocultar los ruidos. El fragor de las maldades adultas, de la desesperación, de los cuerpos embistiéndose mutuamente. Daba igual cuán lejos se fueran a vivir, los ruidos siempre acababan alcanzándola.

Lelle no fue consciente de lo cansado que estaba hasta que el coche se deslizó hacia el arcén, haciendo que los neumáticos zumbaran bajo sus pies. Bajó la ventanilla y se dio unos cuantos cachetes hasta que la piel del rostro comenzó a arderle. No había nadie en el asiento del copiloto. Lina se había ido. Ella tampoco habría visto con buenos ojos que condujera por la noche. Se puso otro cigarrillo entre los labios para mantenerse despierto.

Con las mejillas encendidas, regresó a Glimmersträsk. Redujo la velocidad al llegar a la parada del autobús y aparcó. Contempló con desconfianza la anodina marquesina de vidrio adornada con grafitis y excrementos de pájaros. El alba acababa de despuntar; el

primer autobús aún no había salido. Se bajó del coche y caminó hacia el destrozado banco de madera. Envoltorios de caramelo y chicles en el suelo. Charcos en los que brillaba el sol nocturno: Lelle no recordaba que hubiera llovido. Tras dar algunas vueltas alrededor de la garita, se apostó, como siempre hacía, en el lugar exacto donde Lina se quedó cuando él la dejó allí. Apoyó el hombro contra el cristal sucio, tal y como ella había hecho, con cierto aire de indiferencia, como si quisiera señalar que aquello, su primer trabajo estival serio, no era para tanto. Replantar en el bosque de coníferas de Arjeplog, ganar un buen dinero antes de que comenzara el curso; nada del otro mundo.

Fue su culpa que llegaran tan pronto. Tenía miedo de que ella perdiera el autobús y se retrasara en su primer día de trabajo. Lina no se había quejado; la mañana de junio venía cargada de gorjeos e irradiaba ya calor. Allí se quedó, completamente sola en aquella cabina mientras el sol se reflejaba en las viejas gafas de aviador que pertenecían a su padre y que ella se había emperrado en heredar a pesar de que le cubrían media cara. Tal vez lo despidió con la mano, quizá incluso le lanzó un beso. Era lo que solía hacer.

El joven agente llevaba unas gafas de sol parecidas, las cuales se había colocado en la frente al entrar en el vestíbulo donde aguardaban Lelle y Anette.

—Su hija no llegó a subir al autobús esta mañana.

—No puede ser —protestó él—. ¡La dejé en la parada!

Las gafas se le cayeron hacia delante cuando el policía negó con la cabeza.

—Su hija no estaba en el autobús; hemos hablado con el conductor y los pasajeros. Nadie la ha visto.

Ya entonces lo habían mirado con recelo, se dio cuenta de ello. Tanto los policías como Anette. Sus ojos cargados de reproches lo perforaron, comenzaron a mermarle las fuerzas. Después

de todo, era él quien la había visto por última vez, quien la había llevado hasta la parada, quien tenía la responsabilidad. Le formularon las mismas malditas preguntas una y otra vez, querían saber las horas con una precisión absoluta, en qué estado de ánimo se encontraba Lina esa mañana. ¿Estaba a gusto en casa? ¿Se habían peleado?

Al final, estalló sin remedio. Agarró una de las sillas de la cocina y la arrojó con toda la violencia de la que fue capaz contra uno de los agentes, un apocado fantoche que salió corriendo en busca de refuerzos. Lelle aún podía recordar el tacto de los fríos tablones del suelo contra la mejilla cuando se abalanzaron sobre él para ponerle las esposas, y el llanto de Anette cuando a continuación se lo llevaron. Ella, sin embargo, no acudió en su defensa. Ni entonces ni ahora. Había perdido a su única hija y no tenía a nadie más a quien echar la culpa.

Lelle arrancó y se alejó de la solitaria marquesina de la parada del autobús. Habían transcurrido tres años desde que ella se había quedado allí, sonriéndole. Tres años y él seguía siendo el último en haberla visto con vida.

Meja se habría quedado toda la eternidad en la habitación triangular si no fuera por el hambre. El hambre nunca la abandonaba por mucho que cambiaran de domicilio. Con una mano en la tripa para silenciar sus rugidos, entreabrió la puerta. Los escalones eran tan estrechos que se vio obligada a bajarlos de puntillas. Algunos de ellos chasquearon y gimieron bajo su peso, lo que dio al traste con todo su sigilo. No había nadie en la cocina. No se veía a nadie allí. La puerta de la habitación de Torbjörn estaba cerrada. El perro, que yacía espatarrado en el suelo del pasillo, la observó con atención conforme pasaba a su lado. Cuando, a continua-

ción, abrió la puerta de entrada a la casa, el can se incorporó de un salto y se deslizó entre sus piernas antes de que a ella le diera tiempo de reaccionar. Levantó la pata juntó a los arbustos de grosellas y, luego, describió unos cuantos círculos sobre la hierba sin segar, olfateando el suelo.

—¿Por qué has soltado al perro?

Meja no había reparado en Silje, sentada allí, en una tumbona desplegada junto a la pared. Fumaba un cigarrillo y llevaba puesta una camisa de franela que no era suya. La despeinada melena leonina enmarcaba un rostro cuyos ojos delataban que no había dormido.

—No era mi intención, el muy sinvergüenza se ha escapado.

—La muy sinvergüenza —la corrigió Silje—. Es hembra; se llama Jolly.

—¿Jolly?

—Ajá.

Reaccionando al oír su nombre, la perra regresó como una exhalación al porche, donde, sin quitarles ojo, se tendió con la lengua colgando, como si esta fuera una corbata que le descolgara de la boca en dirección a la madera carcomida del suelo. Silje le ofreció a su hija el paquete de tabaco. Meja reparó en unas marcas rojas alrededor del cuello.

—¿Qué tienes ahí?

Silje esbozó una sonrisa burlona.

—No te hagas la tonta.

Meja cogió un cigarrillo, aunque lo que tenía no eran ganas de fumar, sino hambre. Esperaba que Silje le ahorrara los detalles. Miró hacia el bosque con ojos escudriñadores: le daba la sensación de que algo se movía en la espesura. Ni loca se adentraría allí. Al dar la primera calada lo invadió de nuevo esa sensación sofocante de hallarse presa y acorralada.

—¿En serio vamos a quedarnos a vivir aquí?

Silje pasó la pierna por encima del reposabrazos de la tumbo-

na, dejando las bragas negras a la vista. Comenzó a hacer movimientos inquietos con el pie que colgaba.

—Tenemos que darle una oportunidad.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos otra opción.

Silje desvió la mirada al responder. Desvanecida la euforia del día anterior, el brillo de los ojos se le había atenuado, pero su voz sonaba llena de determinación.

—Torbjörn tiene pasta. Una finca, un trabajo fijo. Podemos vivir aquí de lujo sin tener que volver a preocuparnos por llegar a fin de mes.

—Una choza en medio de la nada no es lo que yo llamaría vivir de lujo.

Silje se llevó una mano a la clavícula como para sofocar la llamada que acababa de combustionarle en el pecho.

—No tengo fuerzas para otra cosa —replicó—. Estoy harta de no tener un duro. Necesito un hombre que nos cuide, y Torbjörn está dispuesto a hacerlo.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—De que está dispuesto a eso.

Silje hizo una mueca.

—Ya me encargaré de que lo esté, no te preocupes.

Meja apagó el cigarrillo a medio fumar aplastándola contra la suela del zapato.

—¿Hay algo para comer?

Tras dar una profunda calada a su cigarro, Silje esbozó una amplia sonrisa.

—Por supuesto, hay mucha más comida en esta choza de la que has visto en toda tu vida.